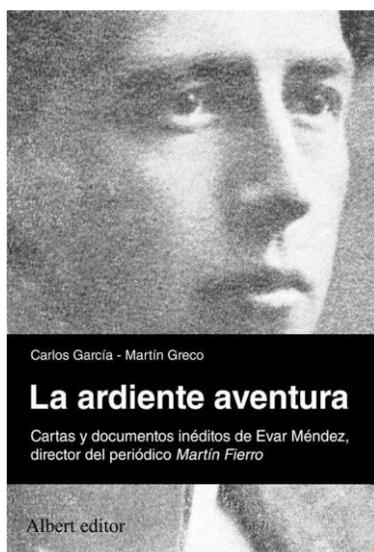

SOBRE *LA ARDIENTE AVENTURA. CARTAS Y DOCUMENTOS INÉDITOS DE EVAR MÉNDEZ, DIRECTOR DEL PERIÓDICO MARTÍN FIERRO, DE CARLOS GARCÍA Y MARTÍN GRECO*

Luciana Del Gizzo
CONICET
Universidad de Buenos Aires
violeta07@gmail.com



∞

La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico Martín Fierro, de Carlos García y Martín Greco; Madrid: Albert editor, 2017; 605 pp.; ISBN: 9788494758201.

Con el machete entre los dientes. Así enfrentan a cierta zona de la historiografía sobre los años veinte Carlos García y Martín Greco en *La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico Martín Fierro* (2017). El machete les sirve para desmalezar una serie de lecturas que crecieron de forma arborescente, caótica, superpuesta; una tupida vegetación histórico-crítica que es preciso desbrozar para entender mejor la época. Luego, se valen del escalpelo para el trabajo fino, allí donde hay que remover malentendidos enquistados, que no se



advertían a causa de la vegetación abigarrada, pero también para aislar detalles no considerados hasta ahora, examinar el mecanismo de la combinatoria de los textos y analizar con justicia el objeto. En uno y otro caso, las armas críticas, más pesada y potente, o más liviana y precisa, se afilan con el archivo. En efecto, el voluminoso libro que compilaron los autores sustenta con documentación lo que afirman en un estudio preliminar que, más que presentar el contenido de sus páginas, es una invaluable contribución a la historia de la literatura argentina. El minucioso trabajo sobre la correspondencia y otros documentos de Evar Méndez viene a echar luz no solo sobre esta figura tan evanescente, no solo sobre datos e información, sino sobre un conjunto de equívocos suscitados, justamente, por la escasa atención que se le había prestado hasta ahora al director del periódico *Martín Fierro* (1924-1927).

Pero decir que tan solo elucidan errores o confusiones colocaría este trabajo en un papel examinador y hasta censor. Nada más lejano. García y Greco reordenan y reorganizan una parte importante de los años veinte con solo correr el foco de la lectura hacia un personaje, hasta ahora, marginal. Esta operación, en apariencia únicamente guiada por la curiosidad o por la sospecha de que Méndez jugó un papel más influyente del que le reservaba la historia, tiene consecuencias más allá del alcance biográfico o, incluso, del objetivo que se proponen los autores: “volver a situarlo en el campo cultural argentino”, para lo cual procuran “estudiar su trayectoria intelectual [...] y su participación en el periódico *Martín Fierro* (1924-1927), reflexionar acerca de las funciones del director de una publicación cultural y revisar algunos lugares comunes y ciertas inexactitudes de la historiografía literaria” (7). Para eso, debieron transitar una zona olvidada del archivo, reprimida por las lecturas signadas por la noción de autor, que en su mayoría leyeron el periódico como la plataforma de lanzamiento y formación de poéticas como las de Borges, Girondo o Marechal, y soslayaron el lugar de otros actores importantes, pero sin relevancia posterior.

Leer desde Evar Méndez significa posicionarse en un intersticio del archivo, en una zona poco transitada de la red intelectual de la época, dejar de lado la fascinación por los autores amados y desde allí reacomodar las lecturas canónicas. En definitiva, implica ampliar el hipertexto documental y leer desde la periferia, aunque sin desconocer las jerarquías del canon. Porque leer desde abajo requiere tener en cuenta el recorrido que llevó a la consagración de autores e interpretaciones, considerar el modo en que la historia llegó hasta allí. Y eso es lo que hacen García y Greco: dan por tierra con numerosos mitos alrededor del periódico, no sin rastrear las causas de los equívocos: desde poner “en crisis el lugar común de que *Martín Fierro* es una publicación elitista” (42) hasta problematizar lecturas dicotómicas al constatar que “no todo *Martín Fierro* es de vanguardia y no toda la vanguardia es *Martín Fierro*” (51), del mismo modo, “se advierte la tendencia a sobredimensionar la actuación de otros colaboradores [...], como Borges, los González Tuñón o Marechal, al aplicar anacrónicamente jerarquías establecidas con posterioridad en el sistema literario en general, al previo y acotado sistema del periódico” (47).

También se toman el trabajo de contextualizar y comparar con el corpus de revistas que conforma la constelación alrededor de *Martín Fierro*. Entonces, se rompen definitivamente los maniqueísmos entre Florida y Boedo, no solamente por la relación personal entre los colaboradores, sino por sus operaciones culturales: los documentos revelan que Evar Méndez estaba tan a favor de las publicaciones populares de calidad como sus colegas de *Claridad* y *Los Pensadores* (66-7); que muestras de la adscripción a la tradición liberal pueden rastrearse fácilmente también en estas publicaciones (67); que *Los Pensadores*, al igual que *Martín Fierro*, distingue entre dos públicos, el “inteligente”, con el que procura “hacerse un ambiente” no muy “numeroso, pero

que sabe distinguir lo que tiene valor” (71) y el “no ilustrado”, al que trata peyorativamente (68). A su vez, corren el foco hacia una polémica a menudo soslayada, con *Nosotros*, que “es mayor, porque se disputan el mismo espacio en el sistema cultural, el de arbitrar el gusto” (73). Esta relativización del maniqueísmo complejiza necesariamente las relaciones intelectuales dentro y fuera del periódico, completando el panorama de la época.

Como si esto fuera poco, reconstruyen la trama que llevó a la extinción de la publicación. Combinación de razones políticas, personales y presupuestarias, los autores demuestran con documentos que no puede adscribirse a una sola causa y que únicamente la articulación de todos esos factores es la que va generando las suspicacias que llevan al agotamiento. Las discrepancias políticas, que muchos críticos presentan como el motivo fundamental, solo generaron un intercambio tenso imbuido de la retórica irónica y descarnada de la vanguardia, pero también de arrogancia juvenil, en el que colaboradores como Borges, Marechal y Bernárdez, desconocen la autoridad, el esfuerzo y la dedicación de un ya maduro Méndez en la dirección del periódico: “no entendemos con qué derecho se adjudica usted la representación de *Martín Fierro* contra quienes somos su realidad” (81). Las cartas y expresiones personales, hasta ahora desconocidas, demuestran que esa falta de reconocimiento en la que seguramente consideraba su obra más importante hirió el ego de Méndez, lo cual, combinado con la falta de colaboradores y los apremios económicos, discontinuó la publicación luego de intentar sin éxito sacar unos números más. La reconstrucción de esta trama, que es preciso leer en el trabajo introductorio de García y Greco, así como en los documentos, problematiza la respuesta simple de la rencilla política y reconstruye sin idealizaciones los vínculos personales y los factores económicos que cruzan inevitablemente toda empresa cultural.

Poner en cuestión todos los presupuestos de la crítica, contextualizar adecuadamente, tomar distancia en la lectura, leer en la fuente original son premisas básicas para el análisis histórico literario. Todo esto contribuye a cuestionar el modo en el que el mismo objeto propone ser leído, a evitar la descontextualización y a comprender los sentidos que despliega la combinación de los textos en la página de una revista. Por eso, como efecto colateral, el estudio de García y Greco llama la atención sobre la metodología de investigación literaria. Al aplicar una minuciosa lectura de las fuentes, señala la necesidad de agotar los documentos como recursos de información, de limitar la especulación crítica e histórica, y de volver al archivo. Sin duda, el investigador recurre a la imaginación histórica, necesaria para articular una narrativa, recomponer una época, una conciencia, una mentalidad. Pero aquí se pone en evidencia el peligro de abusar de esa imaginación; de no cuestionar la propuesta de lectura del objeto y pensar por qué aspira a esa interpretación; de leer desde citas, antologías o de segunda mano, fuera del contexto original, con el riesgo latente de malinterpretar; de sucumbir a la fascinación de ciertos autores; o de recurrir a respuestas maniqueas.

Por eso, fieles a su perspectiva, los autores no se deslumbran ante su objeto y no incurrir en la torpeza de reconocer vetas de altura poética en Méndez. Por el contrario, la lectura fina, con el bisturí del archivo, lo coloca en la correcta y relevante posición de ser un puente entre el último modernismo y la vanguardia. Esto implica reconocer el erotismo decadente que invade sus poemas que ya advertían sus contemporáneos, pero también leer la propia desconfianza de Méndez hacia su producción. Sus escritos personales lo revelan como un individuo tan autoexigente como ávido de reconocimiento, una combinación que lo lleva a decisiones llamativas o, incluso, sintomáticas si lo que buscaba era un lugar en el ámbito literario: tanto la primera publicación tardía como aceptar

el descarnado y muy crítico prólogo de Ricardo Rojas para su libro, aunque en el texto recomendara esperar el próximo, solo por la altura que suponía la palabra del intelectual, lo revelan despiadado hacia sí mismo. La aceptación de las deficiencias de su poesía muestran un hombre inseguro pero también hábil para reconocer el talento ajeno, a quien el consejo de Rojas quizás haya volcado a la vanguardia: “la única excusa de la extravagancia es la originalidad, pues cuando una excentricidad no es nueva, agrava la tristeza del anhelo impotente con el envilecimiento del remedo” (23 y 479).

Por lo demás, la refutación contundente de que Méndez era un “intelectual aristocrático que desdeñaba el público y la plebe” o un “oligarca, elitista y conservador” (8), y la comprobación de que “trabaja duramente como periodista y empleado” (11); la constatación en cambio de que su desprecio estaba dirigido al filisteísmo burgués por su posición de poeta bohemio sin ningún tipo de privilegio ni vínculo con el poder, mucho menos con la derecha nacionalista, como apuntan algunas historias de la literatura argentina, más que reivindicar la figura de un poeta que los autores reconocen como menor, reposiciona el proyecto cultural del emblemático periódico. En primer lugar, porque permite tomar distancia de la propuesta de la publicación y cuestionar el carácter elitista y hasta oligarca que se le adscribió, para entenderlo como una pura operación literaria de posicionamiento y conformación de un público. Segundo, porque recolocan a Méndez como su verdadero y tenaz fautor –en lugar de Girondo–, al verificar que la subvencionó, como es frecuente en ese tipo de proyectos, con sacrificios personales, préstamos de amigos que devolvió casi siempre puntualmente, dificultades y momentos de fehaciente riesgo de desaparición, que logró superar gracias a su perseverancia.

Ya no se trata entonces de una ardiente aventura de señoritos burgueses o de los hijos de la aristocracia, sino del esfuerzo que quema en un “trabajador de las industrias culturales” (8) que “cumple la mayoría de las funciones de dirección, de orientación editorial, financiación, administración, redacción, difusión y demás” (88). Es “el hombre detrás de la vanguardia” (7) que, con su “acción militante” concurre a incrementar las condiciones de posibilidad para el desarrollo de la vanguardia” (88). En efecto, a pesar de que su poética mira hacia atrás, hacia el modernismo, los autores reivindican su incesante labor como promotor cultural de la nueva poética, aun cuando ese fomento implicara una actuación agónica, es decir, un autosacrificio hacia el futuro, hacia la gloria de los que siguen, precisamente, un rasgo típico de los ismos más radicales.

La decisión metodológica de rescatar este personaje oculto por parte de García y Greco no parece ser una operación que obedezca a una línea de investigación que se ocupe de poéticas marginales u olvidadas. La trayectoria de los autores no lo demuestra. Carlos García, investigador independiente residente en Hamburgo hace más de cuarenta años, ha forjado su prestigio en alza durante los últimos veinte años gracias a su comprometido y serio trabajo sobre la vanguardia hispanoamericana. Sus publicaciones, centradas principalmente en la edición de epistolarios, se han abocado a autores reconocidos como Federico García Lorca, Guillermo de Torre, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Macedonio Fernández y, recientemente, David Viñas.¹ Martín Greco,

¹ Carlos García ha publicado, entre otros: *El joven Borges, poeta (1919-1930)*. Buenos Aires: Corregidor, 2000; *Macedonio Fernández / Jorge Luis Borges. Correspondencia 1922-1939. Crónica de una amistad*. Buenos Aires: Corregidor, 2000; *Federico García Lorca / Guillermo de Torre. Correspondencia y amistad*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2009; *Discreta efusión. Alfonso Reyes / Jorge Luis Borges. Epistolario (1923-1959) y crónica de una amistad*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2010; *El joven Borges y el Expresionismo literario alemán*. Córdoba: UNC, 2018 [2015]; *Borges, mal lector*. Córdoba: Alción editora, 2018; *Pedro Salinas-Guillermo de Torre. Correspondencia 1927-1950*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana

investigador, guionista y docente de las cátedras de *Literatura Argentina II* y *Problemas de Literatura Argentina* de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), y de la Universidad Nacional de las Artes, es un reconocido especialista en Oliverio Girondo, a lo que se agregan sus estudios sobre Carlos Mastronardi, Raúl González Tuñón, Leopoldo Marechal y Ramón Gómez de la Serna, entre otros.² De modo que es posible pensar que el estudio sobre la correspondencia y los documentos de Evar Méndez haya surgido del conocimiento profundo de la vanguardia de los años veinte, que exhibía el hiato historiográfico en esta figura. El puntapié inicial fueron las cartas de Méndez encontradas en el archivo de Alfonso Reyes en México, que marcaron la estructura general de la investigación, completada con el resto de los materiales.

En lugar de conformar el corpus para su propio provecho, los autores ponen a disposición su compilación documental y hemerográfica, cuidadosamente ordenada, en las siguientes casi 500 páginas que completan el estudio preliminar. El volumen se divide en cinco partes, a saber: i) la correspondencia, compuesta por cartas enviadas y recibidas por Evar Méndez, así como algunos intercambios entre otros intelectuales que lo mencionan y otros documentos complementarios como invitaciones, noticias, artículos que contribuyen a conformar la red intelectual; ii) materiales dispersos de la autoría de Méndez, como ensayos, artículos, textos programáticos, autobiográficos, etc. donde expone sus posiciones estéticas, políticas y críticas; iii) una selección de su obra poética, nunca reeditada e inhallable en la actualidad; iv) una breve muestra de la recepción crítica de su obra y de su actividad como promotor cultural; v) una cronología pormenorizada, con datos adicionales a los aportados por los documentos. Finalmente, se incluye una extensa bibliografía general y especializada.

Como puede advertirse, García y Greco ponen a disposición todos los materiales de su investigación. En su revalorización del archivo, que permite desbrozar pero también desmonumentalizar lecturas, han reunido retazos documentales, los han acopiado y organizado, lo que implica un primer sentido que han desarrollado mucho más allá en su investigación. Pero su trabajo se completa en el propósito de suscitar el interés de otros estudiosos, tanto para profundizar sobre Evar Méndez como en la utilización de estos materiales para otras investigaciones. Es una apuesta generosa por la construcción colectiva del conocimiento, al reciclar y volver a poner en circulación estos materiales para la historia, tarea que permite renovar la perspectiva sobre la época. A la vez, es exigente, en tanto que el análisis que ellos mismos presentan eleva la vara y marca un piso de rigurosidad para la investigación histórico-literaria. Por eso, *La ardiente aventura* será por mucho tiempo el germen de una historiografía literaria que prolifera con la mayor nitidez hacia la comprensión del pasado.

Vervuert, 2018 (con Juana María González); *David Viñas de refilón. Seis acercamientos*. Córdoba: Alción editora, 2019. Además, es editor de la serie “Cuadernos de Hamburgo”, que comenzó a aparecer en 2017.

² Martín Greco ha publicado, entre otros: *Escribidores y naufragos. Correspondencia Gómez de la Serna / Guillermo de Torre*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2007 (con Carlos García); *Cuatro manuscritos de Ramón*. Madrid: Del Centro Editores, 2007; *La penosa manía de escribir: Ramón Gómez de la Serna en la revista Saber Vivir*. Buenos Aires: Fundación Espigas, 2009; *Habla Ramón*. Madrid: Albert editor, 2010 (con Juan Carlos Albert); *Membretes, aforismos y otros cuentos* de Oliverio Girondo. Buenos Aires: Losada, 2013. Actualmente, prepara un libro sobre Alberto Hidalgo con Carlos García. Además, forma parte del Consejo de Dirección del Archivo Histórico de Revistas Argentinas (<http://www.ahira.com.ar>).